

de los sucesos de Ixtapalapan; lo mismo los de Chalco, después de una sangrienta batalla en aquellas inmediaciones.

Estos chalquenses colmaron de presentes riquísimos á Cortés y al Señor del lugar, que murió de viruelas: ántes de espirar recomendó á sus dos hijos sumision y fidelidad á los conquistadores.

Los mexicanos hacian frecuentes correrías y castigaban cruelmente á los pueblos que se habian aliado con los españoles. Cortés por su parte auxiliaba eficazmente á sus aliados. En aquellos dias los chalquenses pidieron con mayor insistencia el auxilio de Cortés; pero éste, teniendo ocupadas sus fuerzas en custodiar el acarreo de madera para la construccion de los bergantines que proyectaba botar al lago para el asalto de México, propuso á los chalquenses se uniesen á los de Huejotzinco para resistir á los mexicanos. Rehusaron los chalquenses, por antiguos resentimientos, pero al fin los unió el comun peligro, siendo la union en lo futuro consecuente y sólida, y sirviendo ella de apoyo poderoso á Hernan Cortés.

LECCION DECIMA.

Los chalquenses.—Expedicion de Sandoval y su triunfo.—Alianzas favorables á Cortés.—Soltepec.—Marcha de Sandoval á Tlaxcala.—Conduccion de útiles para los bergantines.—Marcha de Cortés hasta Tacuba.—Varios combates.—Asalto de los indios á Huaxtepec.—Disgusto de Cortés con Sandoval. Ejecuciones sangrientas.—Reconoce Cortés el mérito de Sandoval.

Templóse la decepcion horrrible que sufrió Cortés en Ixtapalapan, con la solicitud con que Otompan y otros pueblos pidieron su alianza, que les otorgó de muy buen grado, poniéndoles por condicion que vigilasen por la seguridad comun y se apoderasen de los espías de los mexicanos, dándole aviso de todas las disposiciones y movimientos de sus enemigos.

Entre estas solicitudes, se hizo notable la de Chalco, ciudad

populosa situada á la orilla del lago de su nombre, invadida constantemente por los mexicanos, contra quienes ya sabemos que los chalquenses tenian profundo resentimiento.

Organizó Cortés, para la libertad de los chalquenses, una expedicion á cuya cabeza puso á Sandoval con algunos soldados españoles de infantería y caballería, y aguerridas fuerzas tlaxcaltecas. Trabóse la batalla, en que de pronto vencian los mexicanos; pero llegando los españoles, hicieron en ellos destrozos, y la poblacion entera de Chalco salió regocijada á recibirlos, haciéndoles los honores del triunfo.

Segun tambien recordamos, el Señor de Chalco, al morir de viruelas, habia recomendado á sus deudos y súbditos la sumision á los españoles; así es que, enviaron á dos hijos de éste y muchos nobles con suntuosos regalos á Cortés, implorando una amistad que fué duradera y conveniente en alto grado al conquistador.

Cortés, después de haber obsequiado á los dos príncipes, dividió entre ellos el Estado, dándole al mayor la investidura del mando de la ciudad principal con otros pueblos, y al menor la de Tlalmanalco y Chimalhuacan.

Después de esto, los chalquenses, temerosos de la venganza de los mexicanos, enviaron á Texcoco emisarios pidiendo el auxilio de los españoles; pero Cortés, teniendo ocupadas sus fuerzas en la custodia de los bergantines, no pudo favorecerlos, y se limitó á aconsejarles se uniesen á los de Huejotzinco, Cholula y Cuauquecholan. Los chalquenses rehusaron este partido, porque los dividian anteriores resentimientos; pero amagados de cerca por los mexicanos, se decidieron por la alianza, resistiendo con buen éxito á los comunes enemigos, y asegurando una union sólida y fiel que duró por dilatados años.

Mientras se verificaban las alianzas que hemos mencionado, extendiendo y afirmando el dominio de Cortés, éste no perdía un solo instante de vista el objeto privilegiado de sus afanes, que era la toma de México.

Pareciéndole ya llegado el tiempo de que se condujese á Texcoco el maderaje, la jarcia y los útiles todos de los bergantines que estaban en Tlaxcala, envió por ellos á Sandoval con 200

infantes bien equipados y armados, y 15 ginetes arrogantes, encargándoles que ántes de llegar á su destino escarmentasen á los de Soltepec, por la muerte en aquel pueblo de los 40 soldados españoles y 300 tlaxcaltecas de que ya hemos hablado.

Los de Soltepec, á la noticia de la proximidad de los españoles, abandonaron en masa sus hogares, dejando la ciudad desierta; pero los españoles los persiguieron tenazmente, y habiendo logrado darles alcance, hicieron en ellos una espantosa carnicería, haciendo esclavos á los pocos á quienes perdonaron la vida.

De Soltepec marchó Sandoval á Tlaxcala, donde encontró todo dispuesto para el transporte de los bergantines.

El primero de éstos fué construido por Martin López, soldado español; los otros doce los construyeron los tlaxcaltecas imitando el modelo.

La conduccion de los bergantines tenia el aspecto de una marcha triunfal: oigamos sobre este punto á Clavijero:

“Ocho mil tlaxcaltecas llevaban á hombro la madera, las velas y todos los demas objetos necesarios á la construccion; dos mil conducian los víveres, y treinta mil marchaban armados para la defensa del convoy, mandados por tres caudillos principales, que eran: Chichimecatl, Ayotecatl y Teotepetl.”

La comitiva ocupaba, segun Bernal Diaz del Castillo, una extension de más de dos léguas.

A la salida de Tlaxcala marchaban los tlaxcaltecas á la vanguardia; despues ocupó ese puesto Sandoval, no sin resentimiento de sus aliados, que creyeron que se les despojaba del lugar de honor.

Cortés, ricamente vestido y con un brillante séquito, salió á recibir la comitiva entre las músicas, aclamaciones y demostraciones de regocijo.

Las tropas gritaban entusiastas: “¡Castilla, Castilla, Tlaxcala!” en medio del más ardiente entusiasmo.

Sin dar la más ligera tregua á las fatigas, Chichimecatl suplicó á Cortés le emplease en la persecucion de los enemigos. Éste aprovechó tanto denuedo, y ocultando el objeto, dispuso una

correría con 25 caballos, 350 infantes, 6 cañones y 30,000 tlaxcaltecas.

Dirigióse Cortés primero á Xaltocan, pasando en seguida á Cuautitlan, Tenayucan, y por último, situándose en Tacuba, donde pensaba, ó celebrar convenciones con los mexicanos, ó hacerse de noticias para el mejor logro de sus miras.

En todas estas poblaciones encontró resistencias heróicas que venció al fin con esfuerzos extraordinarios; le acompañaban la matanza, el incendio y el saqueo; la guerra era espantosa; los ancianos, las mujeres y los niños huian despavoridos á los montes, dejando las ciudades convertidas en ciudadelas formidables.

En Tacuba, donde hicieron parada los ejércitos aliados, los tlaxcaltecas prendieron fuego á gran parte de la ciudad: cuando no combatia en masa el ejército, habia desafíos parciales entre tlaxcaltecas y tlacopanecas, y cuando á todos los rendia la matanza, se levantaba una grito de atroces oprobios que terminaba con la renovacion de la encarnizada lucha.

Empeñados los españoles con estas refriegas espantosas, llegaron á las cercanías de la ciudad hasta los últimos fosos, testigos en otro tiempo de su derrota. Allí las fuerzas de los mexicanos los atacaron con tan desusado brío, que perdieron los españoles cinco soldados, quedando heridos otros muchos y multitud de tlaxcaltecas. Cortés se vió obligado á retroceder á Texcoco, hasta cuyas puertas le siguieron los mexicanos, llenándoles de insultos y haciendo estragos en los tlaxcaltecas, interpretando su retirada como un acto de vergonzosa cobardía.

Los tlaxcaltecas, habiendo recogido en su expedicion valiosos despojos, pidieron permiso á Cortés de conducirlos á su tierra, á lo que gustoso accedió el conquistador.

Dos dias despues de la llegada de Cortés á Texcoco salia Sandoval en medio de los chalquenses, amenazados por un grueso de ejército mexicano situado en Huaxtepec, lugar célebre por su industria algodонера y sus jardines, distante quince millas de Chalco. En el camino sufrió Sandoval por dos veces el ataque de las fuerzas mexicanas, que desbarató sin gran dificultad, des-

cansando y curando á sus heridos en Huaxtepec; pero apenas alojados, fueron hostilizados con furor por los mexicanos que tenían sus cuarteles en Tecaputla, ciudad considerable situada en la cima de una elevada montaña á seis millas de distancia de Huaxtepec.

Sandoval envió á los de Tecaputla mensajeros de paz, que fueron rechazados con arrogancia; entónces decidió el asalto de aquel monte riesgósimo, casi inaccesible para su caballería, no sin zozobra de los Tlaxcaltecas: los mexicanos defendían rabiosos sus posiciones, lanzaban nubes de dardos y de piedras, precipitaban con estrépito enormes peñascos que, partiéndose, se convertían en proyectiles que hacían gran daño á sus enemigos.

Españoles y tlaxcaltecas malheridos, cubiertos de sudor, de polvo y de sangre, con los caballos medio derrengados y llenos de fatiga, ascendían sin vacilación entre los gritos, los lamentos y el estrépito inaudito del combate.

Tanta fué la sangre derramada, que Cortés asegura que por más de una hora corrieron enturbiadas con ella las aguas de un arroyo que pasaba á la falda de la montaña, sin poder los combatientes apagar la sed. En esta jornada pereció Gonzalo Domínguez, que fué universalmente sentido.

Llenos de rabia los mexicanos al saber los sucesos de Tecaputla, enviaron dos mil hombres contra Chalco; los chalquenses imploraron el auxilio de Sandoval, cuando éste venía casi en derrota de Tecaputla. Cortés, interpretando con ligereza aquella sucesión de hostilidades como el resultado del descuido de Sandoval, sin permitir que tomara descanso alguno le obligó á que le siguiese, y se dirigió á Chalco, donde chalquenses, huejotzincas y cuauquecholenses aliados habían derrotado á sus enemigos pasando á cuchillo muchos de ellos y cogiendo cuarenta prisioneros, entre ellos un general y dos personajes de la primera nobleza, los cuales fueron entregados por los chalquenses á Sandoval y por conducto de éste á Cortés. Éste conoció lo injusto de su procedimiento contra su invicto capitán, y le colmó de distinciones y de honores, tratando de borrar en su ánimo el recuerdo de su injustificable procedimiento.

LECCION UNDECIMA.

Embajada de Cortés á Moctezuma.—Sumision de varios pueblos de Veracruz.—Diversos combates.—Combate de Xochimilco.—Incendio y destruccion de ese pueblo.—Preparativos para el asedio de México.—Cortés pasa revista de sus fuerzas.—El 28 de Abril.—Misa y Te Deum.

En vista de los preparativos hostiles de los mexicanos y de la resolución indomable con que reparaban sus descalabros prosiguiendo la campaña, Cortés les envió una embajada, diciéndoles en sustancia que reconociesen al rey de España como á su señor, quien no tenía otro objeto que procurar la paz y la felicidad de estos reinos.

Tuvo por contestación la embajada el auxilio que pedían los españoles á los chalquenses, mostrándoles por medio de la pintura cuáles eran los pueblos que se armaban contra ellos y el camino por donde se dirigían. Mientras Cortés disponía sus fuerzas, varios pueblos situados más allá de la colonia de Veracruz llegaban á rendir obediencia al rey de España.

El 5 de Abril salió á expedicionar Cortés, dejando á Sandoval en Texcoco: llegó á Huaxtepec siguiendo el rumbo que señalaron los chalquenses como tránsito de las fuerzas mexicanas.

En un lugar, en la cima de una empinada y escabrosa montaña, se habían refugiado los enemigos, y prevalidos de lo inaccesible de su posición, burlaron descaradamente á los españoles. Cortés no pudo soportar aquella mofa y atacó por tres partes impetuósimo. Recibieron con descargas de flechas y de piedras con tal arrojó, que les hicieron ocho muertos; la campaña hubiera proseguido, pero se avistó un ejército á la retaguardia de Cortés; éste retrocedió, embistióle furioso y le derrotó totalmente.

A poco se apoderaron, yendo en busca de agua, de otra fortaleza, por la astucia, tratando con suma benignidad á los que la guarnecían.

Atormentados por la sed y estando los españoles cercanos á Xochimilco (jardin ó campo de flores), resolvieron posesionarse de ese punto importante.

Era Xochimilco una ciudad populosa con un bellissimo caserío entre jardines; cortábanle muchos fosos.

Los xochimilcas rompieron todos los puentes y se dispusieron á una resistencia desesperada hasta el último trance.

El combate fué de los más sangrientos; se mantuvo por algunas horas con increíble porfía: cuando Cortés se creía victorioso, se vió rodeado por un numerosísimo refuerzo de mexicanos que le acosaba por todas partes; su caballo tropezó ó cayó rendido; siguió el conquistador combatiendo á pié con su formidable lanza, y hubiera cedido al número inmenso que le rodeaba, sin la llegada de un valiente tlaxcalteca y dos criados suyos que acudieron favoreciéndole, con lo que, reponiéndose, triunfó al fin de sus numerosos enemigos.

Vencidos los xochimilcas, los españoles tuvieron algun tiempo para reposar de sus fatigas y curar sus heridos, que fueron muchos, entre los que se encontraba el propio Cortés, Alvarado y Olid.

Cuatro españoles que cayeron prisioneros fueron remitidos á México, donde al instante los sacrificaron á sus dioses. Grande consternacion puso en los mexicanos la pérdida de los xochimilcas; Cuauhtemotzin así lo representó á sus pueblos, encareciéndoles la necesidad de recobrar aquella plaza tan importante.

Organizóse un nuevo ejército; salió Cortés á rechazarlo disponiendo que fuese atacado por el frente y por la espalda, obteniendo así una victoria perdiendo quinientos hombres.

Miéntas Cortés combatía, la tropa que quedó en Xochimilco fué hostilizada por aquellos indígenas, que la pusieron en grandes aprietos. Cortés, de regreso y ántes de abandonar la poblacion, incendió los templos y dejó convertida en ruinas la hermosa ciudad; los xochimilcas, todavía en este estado, hicieron los últimos esfuerzos, pero quedaron definitivamente vencidos.

Recorrió Cortés sin grandes esfuerzos la orilla del lago, to-

cando en Coyoacan, Ixtapalapan y Tlacopan, donde le hicieron dos prisioneros: volvió por Tenayucan, Cuautitlan, Citlaltepec y Acolhuacan, hasta Texcoco, despues de hacer los reconocimientos que le parecieron convenientes para formalizar la toma de México.

A punto los soldados, trenes y bergantines, en medio de innumerables y decididos aliados, con el concurso de los españoles recientemente llegados en un buque á Veracruz, se aprestaba Cortés á emprender el asedio de México, cuando unos españoles, partidarios del gobernador de Cuba, sea por resentimiento, sea por temor á lo arriesgado de aquella empresa, resolvieron dar muerte á Cortés y á sus principales capitanes.

Estaban convenidos los medios de la ejecucion del proyecto, el sitio y la hora; habíanse designado los capitanes y jueces que habian de reemplazar á los muertos, y al tener efecto lo acordado, un soldado, cómplice de los conspiradores, dió aviso á Cortés de lo que ocurría.

Éste al instante procedió con la mayor energía; juzgó á los reos, y fué ahorcado Antonio Villafañá que apareció como el principal, disimulando Cortés su enojo y suspendiendo por conveniencia sus castigos. Nombró de resultas de esto una guardia de toda su confianza que custodiaba su persona.

El 28 de Abril se declaró abierta la campaña sobre México, haciéndose los últimos preparativos.

Celebróse solemnemente la misa, comulgaron los españoles todos, procedieron á la bendicion de los bergantines, y en medio del cántico del *Te Deum* y al sonar de las músicas marciales, desplegaron sus velas las naves entre los gritos entusiastas de la multitud.

Pasó en seguida Cortés revista á sus fuerzas, que constaban de 86 caballos, 800 peones españoles, 3 grandes cañones de hierro, 15 chicos de cobre, 1,000 libras pólvora de fusil y una cantidad inmensa de balas y de saetas.

Hecho esto, envió mensajeros en todas direcciones para que se le reuniesen sus aliados, lo que se verificó violentamente, llegando de todas partes con aprestos formidables, formando las

fuerzas un total de más de 200,000 hombres. Cortés, luego que hubo reunido á sus aliados, procedió á la distribucion de las fuerzas.

LECCION DUODECIMA.

Distribucion de las fuerzas de Cortés.—Xicotencatl se separa de Cortés.—Energía de éste.—Comienzan las operaciones militares sobre la plaza.—Uso de los bergantines.—Estragos de la artillería.—Fosos.—Rechazo de los bergantines.—Encuentros en el templo y la plaza.—Refuerzos de aliados á Cortés.—Irrupcion á la plaza.—Terror de los mexicanos.—Burla de los aliados.

El lunes de Pentecostés, 20 de Mayo, reunió Cortés su gente en la plaza mayor—dice Clavijero—para dividir su ejército, nombrar los comandantes, señalar su puesto á cada uno y las tropas de su mando, y reiterar las órdenes que habia dado en Tlaxcala.

Mandó á Tlacopan á Pedro de Alvarado, con fuerza competente para que por ese rumbo se interceptase toda comunicacion.

A Olid se colocó, con la noble investidura de jefe de fuerzas y maestre de campo, en Coyoacan.

Dió orden para que Sandoval destruyese á Ixtapalapan y quedase acampado en aquellas inmediaciones con pié de fuerza y artillería española, y los aliados de Chalco, Huexotzinco y Cholula, que eran como treinta mil hombres.

Cortés tomó el mando de los trece bergantines, y en ellos distribuyó trescientos veinticinco españoles con trece falconetes.

El total de la fuerza era de 917 españoles y más de 75,000 hombres de tropas auxiliares.

Al partir Alvarado y Olid á ocupar los puntos que se les habian designado, fueron en compañía del primero Xicotencatl el jóven y su primo Pitteutli. Tuvo éste una disputa con un es-

pañol, quien le hirió, faltando á las prescripciones de Cortés, y poniendo en peligro las buenas relaciones entre sus aliados, que á toda costa le importaba mantener.

Los tlaxcaltecas hicieron visible su sentimiento por lo ocurrido, y trató Olid de apaciguarlos permitiendo á Pitteutli se retirase á curar á su país. Xicotencatl, por razones de parentesco, ó por otras, se mostró mucho más ofendido, y emprendió la fuga ocultamente, para su tierra, con otros muchos tlaxcaltecas.

Dióse parte de lo ocurrido á Cortés, quien pensando como debia, en la gran trascendencia del suceso, mandó á Ojeda en persecucion del fugitivo. Hízolo así el enviado, y Cortés le mandó ahorcar públicamente, pregonando su delito.

Tan audaz determinacion, léjos de irritar los ánimos, como era de esperarse, y de romper los lazos que unian á los españoles con los tlaxcaltecas, convirtió á éstos en más sumisos y adictos.

No obstante, los tlaxcaltecas hicieron vivas demostraciones por la muerte de Xicotencatl; le tributaron los honores de estilo, y distribuyeron sus vestidos como reliquias.

La familia y los bienes de Xicotencatl se adjudicaron al rey de España y fueron enviados á Texcoco. En la familia habia treinta mujeres, y entre los bienes gran cantidad de oro.

Ocupémonos ya del principio del asedio en México.

Alvarado y Olid, con sus fuerzas, se dirigieron á Tlacopan, con el objeto de cortar el agua á los mexicanos. Éstos previeron la hostilidad y se prepararon á una resistencia vigorosa. En efecto, la hicieron, pero fueron vencidos, y los tlaxcaltecas los persiguieron, haciéndoles varios muertos y prisioneros.

Alentados con este pequeño triunfo tlaxcaltecas y españoles, trataron de penetrar en la ciudad, hasta apoderarse de un foso; pero la multitud de mexicanos que cargó contra ellos con lanzas y con flechas fué tal, que los españoles retrocedieron á Tacuba avergonzados, despues de haber perdido ocho soldados por muertos y de quedar cincuenta fuera de combate.

Alvarado fijó su campo en Tacuba, y Olid fué á situarse á

Coyoacan. Esto pasaba el 30 de Mayo, dia que fija Cortés como principio del asalto.

Miéntas Alvarado y Olid, cada uno por su lado, se ocupaban en cegar algunos fosos para facilitar las operaciones militares, Sandoval salia de Texcoco el 31 de Mayo, con 35,000 hombres, á apoderarse y destruir Ixtapalapan.

El combate que se libró en Ixtapalapan fué tremendo. Sandoval, con sus dos grandes cañones de hierro, hizo en la multitud espantosos estragos; al fin se apoderó de Xolotl, punto en que se reunian y dominaban las calzadas que iban para México, y lugar igualmente cómodo y fácil para ponerse en contacto con Olid y Alvarado.

En Xolotl encontró Cortés los bergantines, y engrosando sus fuerzas con lo más escogido de las de sus capitanes, abandonando el designio de tomar Ixtapalapan, concentró en México toda su atencion.

En tal estado de cosas, los mexicanos hicieron una primera acometida en medio de la noche. Cortés la combatió é hizo al siguiente dia una salida, que dió por resultado que se apoderasen los españoles de un foso y una trinchera. Los caballos hicieron grandes estragos, y sobre todo los bergantines, que penetraron persiguiendo á los mexicanos por la parte occidental del lago, donde incendiaron muchas casas de los arrabales.

En este intervalo Sandoval terminó felizmente sus operaciones sobre Ixtapalapan, y marchó con sus fuerzas hácia Coyoacan; saliendo á su encuentro los de Mexicaltzinco, furiosos, fueron derrotados.

Cortés, teniendo noticia de esa marcha y de un gran foso abierto, para impedir la, envió dos bergantines en su auxilio. Dirigióse Sandoval al campo de Cortés con sólo diez hombres, y al hallar combatiendo á los españoles, no obstante sus fatigas tomó parte en la lucha y fué herido en una pierna. Otros muchos españoles quedaron heridos, pero á pesar de esto, las pérdidas inmensas de los mexicanos y el terror que les causaba la artillería fueron tales, que en muchos dias no osaron acercarse al campo de Cortés. A pesar de esto, los españoles pasaron seis

dias en perpetuos combates, descubriendo en sus correrías un amplio y hondo canal que penetraba hasta el centro de la ciudad, y del que sacaron mucho partido, como veremos más adelante.

Alvarado por su parte apretaba el cerco entre reñidos combates, que le costaron algunos hombres, pero se apoderó de fosos y trincheras importantes.

Habiendo notado que por el camino de Tepeyac recibian los mexicanos constantes auxilios, lo comunicó á Cortés, quien mandó á Sandoval con 118 hombres para que cortase toda comunicacion, y así lo hizo el infatigable capitán, á pesar de la herida de su pierna, quedando efectuada la interceptacion absoluta entre el agua y la tierra firme.

Hechos los preparativos anteriores, Cortés, con 500 españoles y más de 80,000 aliados, en combinacion con Sandoval y Alvarado, al frente de otros 80,000 hombres y apoyado poderosamente por los bergantines, dispuso su entrada á la ciudad.

A los primeros pasos encontraron los invasores un foso inmenso defendido por una trinchera de diez piés de altura, coronada de multitud de mexicanos. Los bergantines fueron allí rechazados; pero adelantándose temerariamente los españoles, repelieron á sus contrarios hasta encontrar otro foso y otra trinchera formidables; tomáronlos, y así se fueron sucediendo una serie de combates en fosos y en trincheras, hasta que penetraron los españoles en la plaza principal de la ciudad.

Amedrentados los mexicanos, huyeron al recinto del templo; allí los persiguieron los españoles con encarnizamiento, y cuando creian haber alcanzado una gran victoria, tropas mexicanas de refuerzo les atacaron por la espalda, envolviéndoles, agobiándoles, obligándoles á retirarse por el camino que habian traído, dejando en poder de los mexicanos un cañon de fierro.

En esta refriega penetraron á la plaza, atropellando por todo, algunos caballos; los mexicanos, que los veian como á fieras invencibles, se desordenaron abandonando el templo y la plaza, que recuperaron los españoles sin gran dificultad.

Diez ó doce nobles que quedaron defendiendo valerosamente el atrio del templo, fueron muertos por los españoles.

Éstos, en su retirada, incendiaron las mejores y más hermosas casas de Ixtapalapan, haciendo lo mismo por sus rumbos Alvarado y Olid.

Los tlaxcaltecas en estas jornadas mostraron un valor extraordinario, y merecieron los mejores elogios de los españoles.

Las fuerzas de Cortés engrosaban momento por momento con nuevos aliados que él acogía muy benignamente.

Los de Texcoco, los de Xochimilco y los otomites le facilitaron sobre 70,000 hombres.

Para completar Cortés su plan de asedio, le faltaba establecer de un modo activo las hostilidades por agua. A este efecto, dispuso que seis bergantines entre Tacuba y Tepeyac sostuvieran la interceptación, auxiliando á Alvarado y á Sandoval, y los otros surcaron el lago en todas direcciones, apresando y echando á pique las barcas que llevaban auxilios á los mexicanos.

Cortés, después de las determinaciones anteriores, siempre en combinaciones con sus capitanes, hizo una nueva entrada en la ciudad, repitiendo muchos combates parciales, en fosos y trincheras reparados totalmente con actividad increíble por los mexicanos.

Los sitiadores penetraron, aunque con esfuerzos inauditos, hasta la plaza mayor: allí pegaron fuego á algunos templos y casas notables, entre las que se cuenta el magnífico palacio de Axayacatl, donde en otro tiempo, como sabemos, se habían alojado los españoles, y la casa de pájaros de Moctezuma.

Los españoles se retiraron después de ejecutar estas atrocidades; dejando honda impresión en los mexicanos, más que la barbarie de las hostilidades, la mofa y el escarnio de que hicieron ostentación los aliados de Cortés.

LECCION DECIMATERCERA.

Varios ataques sin éxito á la ciudad.—Auxilios á Cortés.—Incendios.—Alvarado embiste á Tlaltelolco.—Heroísmo de Tzilacatzin.—Perfidia de los xochimilcas.—Su castigo.—Matanza de españoles en Tlaltelolco.—Celebran los indios sus victorias.

Sin dar tiempo Cortés á que los sitiados reparasen sus fuerzas ni saliesen á reedificar sus trincheras, acometió al siguiente día, pero los sitiados opusieron tal resistencia, que sólo después de cinco horas de porfiado combate se pudieron apoderar de algunos fosos.

Sandoval y Alvarado á la vez emprendían obstinados ataques, de suerte que los sitiados mantenían la lid con tres ejércitos á un tiempo, todos ellos numerosos y con la superioridad inmensa de las armas, los caballos, los bergantines y la táctica de los españoles.

Alvarado por su parte, había arruinado todas las casas de los lados del camino de Tlacopan, que unían á este punto con la capital, según afirman veraces historiadores.

Cortés hubiera deseado evitar á sus tropas las fatigas y peligros de las entradas de la capital, situándose en el punto conquistado de ella misma, pero la inseguridad era mucha y no quería sacrificar á las otras guarniciones, á las que podían desde Xolotl auxiliar.

Entretanto, mermaban los elementos de los sitiados; los sitiadores engrosaban sus filas, verificándose alianzas de algunas ciudades del lago con los españoles.

Los nobles de Ixtapalapan, Mexicaltzinco, Colhuacan, Huitzilopochtli, Misquie y Cuitlahuac, entraron en esa confederación, obligándoles Cortés á que facilitasen víveres y materiales para defender á sus tropas de la intemperie.

En vista de tan poderosos auxilios, calculó Cortés que sólo el número inmenso de sus tropas haría sucumbir á los mexicanos,